

No era una sola cosa la que hacía de una penitenciaría chilena un infierno en la Tierra. No era solo el agua envenenada, el rociado de pesticidas nocivos en el módulo, o la comida desagradable, ni tampoco las ratas incesantes, arañas reclusas pardas, chinches, baratas, y moscas con las que uno tenía que lidiar o tratar de evitar diariamente—sin mencionar la paloma o gaviota ocasional defecando sobre un hombre mientras se sentaba en el vil patio. No eran los compañeros de celda malolientes y sucios, la mayoría de ellos criminales atroces, o la falta de caras familiares, o ver gente que uno conoce. No eran compañeros internos amenazando a otros o realmente lastimándolos, ni tampoco ser extorsionado, intimidado, o torturado por algún choro endurecido o guardia corrupto. No era solo tener la vida de uno controlada por hombres a menudo tontos, la gran mayoría de los cuales no estaban más calificados que su jardinero o empacador, o por profesionales de salud mayormente ineptos ofreciendo servicio lento y mediocre—si es que alguno. Morir solo en una celda oscura y húmeda de una enfermedad severa o quedarse ciego por falta de atención médica eran amenazas poco comunes en la prisión. No era solo la falta de relaciones maritales o innovaciones tecnológicas y recursos que hacían la vida de uno productiva, placentera, cómoda, eficiente y efectiva. No era la formación diaria deprimente, los recuentos nocturnos de celda a celda, o cuarentenas ocasionales que dejaban a uno encerrado adentro por muchos días. No eran solo las celdas abarrotadas, frías y con corrientes de aire donde un prisionero está confinado dieciocho horas al día. No era solo el humilde cuasi-trabajo esclavo que uno tenía que emprender o la prohibición de ciertas comidas, trampas para cucarachas, vitaminas y minerales, y analgésicos, o la falta de muebles cómodos, falta de ropa interesante o decente, y falta de una ducha estándar con privacidad. Cualquiera en una unidad de combate por un período extendido o desaparecido en acción podría decir que la mayoría o todas estas mismas cosas caracterizaron su vida. Pero las prisiones trajeron reglas mutables y arbitrarias, incertidumbre, expectativas destrozadas, tentaciones de volverse adicto a las drogas o cometer suicidio, conflictos, aburrimiento, atrofia física y decadencia, miedo de ser castigado por los gendarmes si encontraran su teléfono celular, y una pérdida de significado y alegría en la vida de uno—día tras día. Las prisiones también trajeron redadas ocasionales de celdas, registros corporales de levanta-los-testículos, viajes horribles en camión celular al juzgado u hospital, atado con grilletes en los tobillos y esposas, y peligros de fuego o inhalación de humo. Por supuesto, a menos que fuera sobornado, lo último que le importaba a cualquier gendarme era la comodidad de un prisionero. En la mayoría de los casos, un prisionero tenía que tragarse su orgullo y vivir de la beneficencia de otros, lo que causaba mucha pena emocional—sin mencionar a su agobiada esposa y familia regañándolo o los llamados amigos abandonándolo. Encima de todo eso, las almas eran asesinadas regularmente, con algunos módulos siendo más asesinos que otros. No, no era solo cualquier cosa sino todas estas cosas y otras enfermedades combinadas juntas, con una o más (o todas) de ellas surgiendo en cualquier día dado, lo que hacía de una prisión chilena un infierno terrenal.